

**PÁJAROS MOJADOS EN UN
CABLE DE LUZ**

Virtudes Olvera

**PÁJAROS MOJADOS EN UN
CABLE DE LUZ**

**ESDRÚJULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN ETCÉTERA}

Primera edición, abril 2022

© Virtudes Olvera, 2022

© Esdrújula Ediciones, 2022

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Las Flores 4, 18004, Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: F. Javier Megías Molero

Diseño de portada: Pilar Ortiz Torres

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 619-2022

ISBN : 978-84-125181-1-5

Impreso en España · Printed in Spain

A mis padres, Virtudes López García y Marcos Olvera
Álvarez, la hermosa y fecunda tierra de la que vengo.

A Darío y Lola, la extensa tierra donde vivo.

A Juse, que tenía razón.
Solo había que hacer un par de cosas.

Pájaros

Los pájaros llegaban siempre en las tardes de domingo y eran grises y perfectos. Pero no todos llegaron a la vez.

Recuerdo el primero: oí su revoloteo en el balcón y me giré. Allí estaba, encaramado a la baranda. Era hermoso y joven, y parecía tan triste que lo dejé entrar. Los primeros días no permitió que lo tocara, se apartaba a mi paso e ignoraba mi parloteo de cotorra. Aquella indolencia suya me fascinaba. Me bastaba con verlo saltar sobre la cama, cagar sobre los muebles, comer y beber sin mostrar la más mínima gratitud. A mi madre le molestaba su suciedad, su altanería, su melancolía tan poco común. Las cosas quedaron claras cuando proclamé al pájaro de mi propiedad y, por lo tanto, bajo mi exclusiva tutela.

El pájaro creció y su plumón blanquecino y débil se tornó gris y poderoso, y aún me pareció más bello. Se ovillaba en mi nuca y se quedaba dormido, de modo que yo no me movía durante horas, hasta que notaba de nuevo el ligero temblor de la avecilla entre mis cabellos. Lo dejaba meterse en mis huecos corporales, picotear los pelos de mis cejas, rebuscar bajo las uñas, acariciar mi mano con su conmovedor aleteo.

De vez en cuando se escapaba, debo decir. Yo siempre tenía la precaución de cerrar puertas y ventanas; aun así, en ocasiones mi pájaro volaba lejos, cosa que, aunque me molestaba, me dejaba tiempo para algunas tareas: llamadas pendientes a las pocas amigas, conversaciones inaplazables con mi madre, compras de ropa y otros objetos deseables poco deseados e inútilmente necesarios.

A veces disfrutaba de esos ratos sin acordarme siquiera de mi pájaro. Entonces mi madre reía y me agarraba fuerte la mano. Aprovechaba para besarme y despeinarme y volverme a peinar. Hacíamos planes de futuro: los novios que llegarían, la universidad, el trabajo. Pasado un rato y si el pájaro no había vuelto, me atenazaba la incomodidad. Lo buscaba y obligaba a mi madre a mirar tras las cortinas y dentro de la bañera. Ella enmudecía y, sigilosa, buscaba excusas para desaparecer.

El futuro fue. Estudié, encontré un trabajo y un novio, me mudé. Y el viejo pájaro se vino con nosotros. Mi marido lo aceptó, aunque nunca lo amó. La nueva rutina doméstica lo hizo más independiente y durante algunos años no le presté mucha atención. No le faltaba comida ni agua, pero la crianza de mis hijos era absorbente y apenas había tiempo para que se acurrucara en mi nuca.

Una tarde de domingo llegó el segundo pájaro, grande, también gris. Apareció sobre la cama de mi hija y no me resultó extraño. Caminó sobre las sábanas dejando marcas de barro y restos de hojas sucias. Lo dejé hacer. Cuando llegó la noche busqué un lugar para él y nos echamos a dormir. Su cuerpo enorme necesitaba de muchos cuidados y no había horas en el día para prodigárselos, siempre me encontraba

agotada. Su mera presencia me hacía caer en un perezoso letargo, y cuando descubrí que podía posar mi cabeza en su buche sin hacerle daño, dormía sobre él durante horas, de día o de noche, mientras a mi alrededor las criaturas de mi familia vagaban extraviadas, entre susurros y persianas bajadas.

Después llegaron muchos más, siempre grises, siempre en tardes agónicas de domingo. Como un ejército bien adiestrado, rindieron la casa entera y establecieron en mi dormitorio su cuartel general. Se esponjaban con descaro las plumas después de asearse en el lavabo y picoteaban con vulgaridad en las macetas. Se paseaban con desvergüenza por la cocina y había que asustarlos a manotazos para que dejaran de saltar sobre las cazuelas.

El día que se transformaron en grajos me tomaron como rehén. Me recluyeron en la cama y montaron guardia para que nadie se me acercara. Y nadie lo hacía. Desde debajo de las mantas, los observaba comportarse como pequeños reyezuelos emplumados y empecé a odiarlos. Pronto apreciaron mi cambio de actitud y se volvieron desconfiados y dictatoriales. No me dejaban comer ni dormir. Batían sus alas junto a mis oídos y ahogaban mis quejas con sus graznidos, para que nadie pudiera oírme.

Un día llamaron a la puerta de mi dormitorio. Los grajos descansaban tras una noche insomne así que, aprovechando su descuido, abandoné mi prisión y, blandamente, abrí la puerta. Mi hija pequeña sostenía un gato entre los brazos y sonreía.

Sin mucha convicción, tomé de sus manos el animal. La sonrisa de mi hija era firme, como la mandíbula del felino.

Dentro los grajos aún dormitaban.

Bipedismo

José María se levanta del sillón de amanecida y se mete en la boca un caramelo de menta cuya fragancia lo atrapa todo; tras pocas horas de sueño le crujen los huesos. Sin pereza, se tira al suelo para hacer flexiones con el coro de los esclavos judíos del Nabucco sonando de fondo. Mientras sus músculos se expanden y retraen, entre cortos bufidos que se unen a la lluvia de gotas musicales que flotan en el aire, José María siente a Dios llorando al lado de su amado pueblo. Sabe que Él escucha los lamentos de esos jóvenes perdidos, así que, mientras se ducha con agua fría, silabea en italiano: *¡O t'ispiri il Signore un concerto che ne infonda al partire virtù, che ne infonda al partire virtù...!* A pesar de la desesperanza que viste a esos muchachos sencillos, de su deambular por una aridez de locura, la belleza de los sonidos se filtra por sus tímpanos y ese valeroso latido de fe fortalece el espíritu de José María. Verdi le derrite el alma mientras los hermosos judíos le enjugan las lágrimas.

Luego, bien erguido y consolado, se afeita, se viste. A las siete de la mañana, el ascensor privado conduce a José María hasta los sótanos de su edificio, donde le espera el chófer.

Ante el espejo espejito del elevador se interpela con nerviosismo, preguntándose por la conveniencia de la corbata, el color y dibujo de la camisa, y sobre la calidad del planchado de la americana, realizado por su dominicana contratada por horas.

También se pregunta cada mañana —y este es el interrogatorio más descarnado— acerca del paso del tiempo y de cómo el mismo se va dejando caer, como una perpetua nevada de confeti, sobre el atractivo lienzo de su cara. A veces la cosa no va bien y el espejo, impertinente, le muestra las bolsas bajo los ojos y las finas líneas que empiezan a poblar su frente; en esos casos, no cabe más que la vuelta al ático. Pero normalmente José María se siente muy agradecido a la Virgen por tener esa buena planta, ese metro ochenta y cinco, esos músculos definidos y esa cara *que es la misma de un querubín*, como le decía su tía Amalia. La chica gorda que le pone el desayuno en la cafetería de plaza de Castilla un día le dijo: *Mira, guapo, eres un tío con suerte porque tu piel es de esas que atrapan ellas solas las bolitas de humedad y no las sueltan, así que están hidratadas todo el día. Aunque la putees, ella como si nada, así que no te rayes. ¡Y cambia ya la foto del perfil, que parece que acabas de hacer la primera comunión!*

Como suele practicar la escucha selectiva, de conversaciones como esta, José María se suele quedar con lo positivo: para cuando la chica le está diciendo que la foto ya no responde a la realidad de sus muy bien llevados cuarenta y cinco años, José María se halla pensando en la cita que tiene para la noche del sábado.

Contactó con Pablo hace unas semanas y, en los últimos días, han estado mandándose mensajes y fotos de sus anatómicas —todas ellas— entre risas y deseo mal disimulado. Por lo que cuelga, Pablo es guapo, joven y bien dotado. A José María lo excita mucho porque le recuerda una talla de san Sebastián que había en la capilla de su colegio mayor: el santo se hallaba de pie, derecho y con la espalda recta porque el artista había considerado, allá por el siglo XVI, que, para poder clavarle bien por lo menos media docena de flechas, al mártir había que atarlo a un tronco de árbol; así, sin desvanecimiento prematuro, resultaba su calvario más horrendo y meritorio. Colocado cerca del confesionario, el musculado Sebastián parecía un feligrés más haciendo la Santa Cola.

José María contempló esa escultura durante años, todos los que permaneció en aquel colegio donde renombrados políticos y empresarios de hoy eran sus compañeros de entonces. Mientras esperaba de pie la hora de su testifical ante el Cura Confesor don Augusto —el que les preguntaba por los sueños que les estorbaban el descanso nocturno—, observaba fijamente aquella pieza de san Sebastián púber: doliente y entregado, pero digno, orgulloso y consumido, tremendamente hermoso.

Mientras sus compañeros permanecían sentados en el banco, con las caras salpicadas de espinillas y los relojes de marca en la muñeca, José María esperaba su turno de pie y, cuando al fin le tocaba, nunca le contaba al cura nada de lo que pensaba de día ni de lo que ocurría de noche.

En una ocasión, estuvo mirando la talla durante más de ocho horas; las mismas que tuvo que pasar erguido frente al altar en completa soledad y con apenas un par de cirios encendidos, como castigo por el hallazgo por parte del Cura

Vigilante de una revista prohibida debajo del libro de oraciones. El viejo la encontró en una de sus revisiones por sorpresa y automáticamente fue presa de la ira: gritaba, resoplaba y señalaba acusador, primero a José María y luego a las tetas y coños que aparecían en aquellas páginas. *¡Impúdicas! ¡Pecadoras!*, decía con las comisuras de los labios llenas de pasta blanca.

Tras la lluvia de insultos, agarró a José María por el cogote con un sentido de la propiedad que podía permitirse y lo llevó al despacho del Cura Director, serio, calvo y con unas ojeras que a José María le recordaron un mapache viejo. El hombre lo miró con el mismo desprecio que mostró por la revista, cuyas hojas revisó sujetándolas únicamente por una esquinita. Fueron varias las visitas al despacho del Cura Director y, como los castigos se pusieron cada vez más serios, José María dejó de mirar fotos de mujeres desnudas porque no le merecía la pena. Solo tenía doce años.

En las vacaciones de verano abandonaba durante unas semanas el mundo recto y masculino del Colegio Cárcel Mayor y viajaba con su familia a un exclusivo destino playero que cambiaba cada año. No tenía amigos y los días eran largos. Se levantaba tarde, tomaba el desayuno viendo la tele, nadaba en la piscina y nunca en el mar.

También jugaba con sus dos hermanas pequeñas a los recortables o a la oca. Su madre, a la que durante el curso veía algunos fines de semanas y para Navidad, también solía participar y, aunque se le derramara el Martini sobre la alfombra al mover la ficha, nunca perdía ni un aleteo de su elegancia de colibrí. Era un planeta en el horizonte siempre a punto de desaparecer.

El padre, José María también, apenas pasaba con la familia unos cuantos días de todo el veraneo: el bufete le exigía tiempo y muchos viajes al extranjero. Cuando estaba, obligaba a su hijo —que por aquellos entonces aún era Pepín— a acompañarle al Club Deportivo. Allí pasaban horas jugando al tenis o conversando en el bar con amigos. A Pepín aquellos amigos de su padre le parecían viejos apolillados que no dejaban pasar la oportunidad de tocar los culos de las camareras, sin embargo, su padre insistía en que debía cultivar buenas amistades.

El verano en que Pepín pasó a ser Pepe —aquello fue antes del episodio de las revistas— se despertaron en él cuestiones fisiológicas y filosóficas; amanecía con el pene erecto y se preguntaba acerca del sentido de aquello si no había en su pensamiento elemento alguno que pudiera explicar una respuesta tan contundente de su organismo. Al no entender el motivo de sus erecciones, las dejaba estar, sin más, dando lugar a chorreones nocturnos que empapaban las sábanas, o diurnos que se quedaban atrapados en los calzoncillos que le compraba la asistenta; rara vez traspasaban al pantalón, por lo que el accidente siempre era considerado menor.

Cuando ese año regresó al internado, comprobó que de forma natural y colectiva se había dado por inaugurada la fase de las masturbaciones: individuales, compartidas, orgiásticas, ofrecidas o demandadas, con mano propia o ajena, más o menos apoteósicas y realizadas fuera de la vista de los Curas Vigilantes. Resultaban siempre fabulosas.

Pepe se transformó ese año en José María. Así lo decidió el Cura Profesor de Historia Divina, estimando que Pepe era nombre de pescadero.

El verano de los quince años tocó veranear en San Sebastián y, para entonces, a José María le gustaba quedarse en la cama pensando en los compañeros del colegio, recordando las bromas a los Padres, los partidos de fútbol de los sábados o el cine controlado de los viernes por la noche. Al evocar aquellos recuerdos se acariciaba los labios y se empalmaba, aunque raro era que descendiera la mano, pues se había acostumbrado a manos ajenas.

Una mañana su madre se despidió con prisas: la tía Rosa había enfermado y debía volver a Madrid para cuidarla. Se llevó a sus hermanas con ella y en la casa de verano alquilada solo quedaron la asistente de turno, su padre y él.

Fueron días aburridos de club deportivo, salidas en velero y aperitivos en los bares del puerto; días para recordar lo justo, si no fuera porque una noche José María se despertó con sed y, al pasar por la puerta de la habitación de la asistente, camino de la cocina, vio a su padre embistiendo a la criada contra la pared. Ella gemía sofocada, doblada para facilitar la tarea al eminente abogado, el cual la penetraba muy erguido mientras le sujetaba el pelo con la diestra. José María se agazapó y se masturbó con ganas. Cuando su padre se corrió sobre la espalda de la mujer, aprovechó para regresar a su habitación y volver a masturbarse. Aquellos encuentros se repitieron en tres o cuatro ocasiones, y su padre siempre la poseía de espaldas y de pie. No observó entre ellos ni besos, ni caricias, solo penetración sincera y placer efímero, respetando siempre la vertical.

A los días llamó su madre. Volvería para el fin de semana, así que la criada fue convenientemente despedida un jueves y el viernes una nueva joven ya se había hecho con el trabajo.

Aquella forma de dominar la situación hizo que floreciese en José María un nuevo sentimiento de respeto hacia su padre. Tal vez lo había minusvalorado. Tal vez había cosas que podría aprender de él. Al fin y al cabo, acababa de asistir a una auténtica lección de cómo adentrarse en los placeres prohibidos sin perder las formas ni poner en peligro la paz conyugal.

«Amar de pie compromete poco», admiró José María.

Dos veranos más tarde, fue él quien embistió contra la pared a la sirvienta rusa del chalé de Sotogrande. El verano siguiente repitió la experiencia con la criada malagueña en el cortijo de Marbella. Ninguna pidió explicaciones ni esperó respuestas emocionales por su parte. Nunca hablaron su padre y él de sexo ni de mujeres, pero comenzaron a pasar más tiempo juntos.

Ya en la universidad, José María se prodigó con varias compañeras y, aunque a algunas les pareció curioso no perder nunca la verticalidad —pues creían que el sexo así era más sexo—, ninguna estuvo dispuesta a mantener de forma duradera relaciones tan poco cómodas, pues ni siquiera los asientos de un coche eran lo suficientemente erguidos para los rectos anhelos sexuales de José María. Con el tiempo, sus formas y gustos fueron comentados como rarezas o incluso perversiones en la cafetería de la facultad. Quizá fuera ese uno de los motivos por los que su Erasmus se convirtió en una estancia de tres años en Berlín. Allí recorrió, sin nunca sentarse ni cansarse, todas las paredes y muros en compañías variadas, de las que, en su mayoría, no llegó nunca ni a saber el nombre.

El ático donde vive es de alquiler. Aproximadamente cada dos años cambia el chalé en el campo por el dúplex y este por el adosado, para volver a otro ático y, más adelante, quizá a otro dúplex. Siempre alquila casas vacías a las que lleva sus muebles, caros y escasos; algunos muy antiguos. El ático en el que vive actualmente tiene casi doscientos metros cuadrados, contando la terraza a la que nunca sale. El salón, enorme y ocupado casi en su totalidad por un gimnasio, es el lugar donde pasa más tiempo. Junto al banco de abdominales, un sofá negro que perteneció a su abuelo paterno, tapizado en piel y tachonado al estilo chéster, le sirve de cama. Enfrente, una mesita baja llena de libros de arte y, adosado a la pared principal, el mejor equipo de música del mercado y una talla auténtica de Montes de Oca: una Virgen Niña de mejillas sonrosadas y manos puras cubiertas de flores.

Cuando tenía ocho años, ¡cómo le hubiera gustado a José María ser la Virgen Niña en las obras de teatro de Semana Santa del colegio! ¡Con qué modestia —pensaba entonces Pepín— habría llevado el velo casto mientras permanecía arrodillado y en profunda oración, preparándose para ser la vasija elegida por Dios para decantar la mejor de sus esencias!

Desgraciadamente para él, en las representaciones del colegio casi nunca aparecían los personajes femeninos. Únicamente se contaba, de tanto en tanto, con la aparición de una María Magdalena que solía representar el momento del lavatorio de pies.

Una noche, cuando los chicos ya estaban en sus dormitorios, el Cura Director del coro arrastró sus cien kilos por los pasillos en busca de José María: había de ensayarse la escena y el compañero elegido para hacer de la mujer se

hallaba fuera por haber muerto un pariente. José María fue así reclamado para dar vida a la pecadora. El Cura Director lo vistió con una túnica roja anudada a la escueta cintura con un cíngulo dorado. En la cabeza, un pañuelo a la forma judía. Para completar la escena, el cura haría de Cristo. Se encontraban solos en el teatro del colegio y de fondo sonaba la Casta Diva en la voz de María Callas, lo cual era raro pues el Cura Director solía preferir las voces masculinas. El hombre se sentó lentamente sobre una silla y le indicó con una mano seca que se acercara. José María se aproximó desde el otro lado del escenario, con los ojos sumisos y portando un plato de loza que haría las veces de jofaina. Cuando llegó frente al Cristo, solicitó con la mirada permiso para arrodillarse, como bien decía el guion, gracia que le fue concedida. Así, prosternado y nervioso, tomó entre sus manos uno de los pies del Cura Director y lo desnudó con respeto. Venillas azules tatuaban el borde interior del pie, que parecía de cera, y subían como una infección maligna que se extendía pantorrillas arriba. Mientras el aria evolucionaba acercándose al clímax, volcó un agua imaginada en el recipiente y, con un trapo viejo que hacía las veces de paño de lino, procedió a limpiar el polvo de siglos de humanidad pecadora; José María sentía, arrobado por la Callas, que en la limpieza de los santos pies purgaba él mismo sus pecados. Siendo fiel al evangelista Lucas, agachó la cabeza para que fueran sus cabellos los que terminaran de secar aquella santidad. «Templa tú, oh diosa, templa los corazones ardientes, templa de nuevo el cielo audaz, que reinan haces en el cielo», cantaba la diva cuando la polla del Cristo de ficción se adentró dentro la boca del muchacho, mientras sus manos —que olían a jabón de sosa— lo sujetaban por la

nuca, obligándole a tragar la verga entera. Tras unos cuantos cimbreos, se corrió en su garganta cuando el aria hacía ya tiempo que había terminado y solo se escuchaban los gemidos de ambos.

Recogieron en silencio el escenario: la silla, el cíngulo caído, los trozos de loza del plato roto. Para terminar, el Cura Director sacó el vinilo, lo guardó en su funda y antes de despedirse del muchacho con un beso en la frente, le ofreció un caramelo de menta.

Pablo llega puntualísimo y a José María le gustan sus pendientes y su desparpajo de veinticinco años. No es muy alto, frecuente el gimnasio y tiene cara de Caperucita deseosa de cruzar el bosque.

Con una botella de Perrier en la mano, comenta goloso el olor a menta que exhala el aliento de su anfitrión, admira la amplitud y elegancia del ático, se sorprende de la talla de la Virgen Niña y reconoce que él nunca ha sido muy religioso, pero que la estatua «está bien».

—¿Y dónde duermes?

—En el chéster.

—¿Todas las noches?

—Sí.

—¡Me estás vacilando! Enséñame el dormitorio...

—Todo lo que necesito está en el salón.

Pablo mira alrededor y analiza con más detenimiento el sillón, tan pequeño e incómodo; los aparatos de musculación esparcidos por el suelo; el equipo de música sobre el que hay colocado un viejo plato de loza pegado. Dominándolo todo, la estatua erguida de la Virgen Niña con flores frescas en la mano.

—¡Qué raros sois los ricos!

—Tenemos nuestras cosas...—sonríe José María—. Ven aquí, aún no he tenido oportunidad de tocarte—. Pablo se acerca como un gatito, alarga una mano y la pasa por la mandíbula de José María, recién afeitada.

—Pues si no hay cama, vamos al chéster.

—No hace falta, date la vuelta. Y quítate la ropa, por favor.

—¿Te gusta jugar?

—Apóyate contra la pared—. La autoridad de sus palabras no admite réplica y el joven obedece.

José María se acerca al equipo mientras se quita la camiseta, selecciona un disco y lo coloca con mimo en el plato. Baja la aguja y suenan, alegres, los primeros acordes de La Traviata.

José María ajusta el volumen y cruza la habitación dirigiéndose hacia Pablo, que espera quieto y erguido, completamente desnudo, de cara a la pared.

Mientras se despoja de los calzoncillos, admira la calidad de los glúteos de su inminente amado. Apoya las manos sobre la espalda del joven, y con decisión, la inclina hasta lograr el ángulo requerido en el que el culo se abre como una flor.

Mientras lo penetra mirando fijamente los ojos de la Virgen Niña, canturrea, sin perder la vertical: «¡Ah, puede ser este, aquel que mi alma sola en el tumulto, en secreto imaginaba amar...!»